

REVISTA CONSERVADORA se complace en publicar los siguientes documentos póstumos de don Toribio Tijerino, quien a instancias de los emigrados políticos, Ingeniero Luis Cardenal y Virgilio Vega Fornos, dedicó los últimos días de su agitada vida, a escribir los recuerdos de su "pelea", como él llama a su actuación en la política nacional, exclusivamente para REVISTA CONSERVADORA.

En el reciente viaje de nuestro Director a las Repúblicas de Honduras y El Salvador, estuvo en compañía de los señores Cardenal y Vega Fornos a visitar el hogar de don Toribio, sito en la ciudad de Choluteca. Allí, frente a la plaza del pueblo, en una casa de corredores a la calle, ante cuya puerta principal se lee en una tarja de madera: "Miel de Abejas", vivía don Toribio, lejos de los ajetreos de la política, como Cincinato dedicado a extraer la miel de las abejas, él que había usado tanto de su aguijón en defensa de los intereses de la Patria.

Doña Teresa Gutiérrez de Tijerino, su viuda, recibió amablemente a nuestro Director y a sus amigos y le hizo formal entrega de los papeles que don Toribio tenía dispuestos para REVISTA CONSERVADORA. Ella les contó cómo él estaba escribiendo "Mi pelea" cuando sufrió el primer ataque al corazón. A los pocos días un segundo ataque le interrumpió el hilo de la narración y de la vida. Y así, inconcluso como él lo dejara, publicamos el trabajo de don Toribio Tijerino.

Don Toribio Tijerino, de larga tradición conservadora y patricia, como miembro de la familia señorial de los Tijerino de Chinandega, fue factotum en la Administración del General Emiliano Chamorro, de quien fue su Secretario Privado, y en las de don Diego Manuel Chamorro y don Bartolomé Martínez.

Ante el peso incostratable de la Intervención, don Toribio rompió con sus amigos y se dedicó a una campaña de propaganda en contra del poder interventor, campaña que culminó con el hecho insólito de su expulsión de su propia patria durante la administración del General José María Moncada. Desde entonces vivió en el exilio hasta su reciente muerte. Que descanse en paz.

CARTA DE DON TORIBIO TIJERINO AL DIRECTOR DE REVISTA CONSERVADORA

Señor Director de REVISTA CONSERVADORA
Managua.

Un amigo me obsequió con varios ejemplares de su muy culta y valiosa Revista en la que se está publicando la Autobiografía del General Emiliano Chamorro, en la cual se me hacen cargos directos por haberme opuesto a la candidatura de don Martín Benard y, como consecuencia, de los desastres del Partido en aquellos días. Hace tiempo que no tomo parte en los asuntos políticos de mi país ni escrito ni dicho nada que se refiera a ellos por considerar inocuos tales cargos para quien nada espera ni desea de la tan traída y vocinglera politiquería. Pero en vista de que varios escritores jóvenes de esta generación, que ansiosamente estudian y vigorosamente defienden la historia del Partido, se lamentan de la poca información que consiguen, me ha parecido un deber esclarecer sus criterios, ya que lo que ahora sucede es consecuencia directa de la línea seguida por los Directivos del Partido durante los 18 años de su ya brumosa actuación.

Habla el General Chamorro de un telegrama que él nunca vio, pero cuya existencia le aseguró una tercera persona, suficiente base, a su juicio, para acusarme de ser

culpable de que don Martín Benard, —el más grande amigo de su vida y a quien él le pidió "casi de rodillas que aceptara la Vice-Presidencia"—, la aceptara por tres veces y no cumpliera nunca. Bien pudo el General Chamorro haber preguntado a su buen amigo si él aseguraba la existencia del mencionado mensaje, o a doña Cora, que era la supuesta recipiente.

Hay que comenzar porque ni don Toribio Tijerino ni don Perfecto, mi hermano, nos opusimos a don Martín, persona digna de todo aprecio y de grandes virtudes hogareñas. Pero el Partido Conservador estaba en camino de dispersión y había que compactarlo en preparación para la inmediata lucha eleccionaria. Por mucho poder que tuviera mi General, no alcanzaba este poder, como él dice, para ponerle el dedo en la mollera a su candidato y decirle al pueblo que ese era el escogido para sucederle en el mando, guardárselo en el sagrario y devolvérselo intacto en el siguiente período.

El grupo Conservador Progresista se había disgregado y en esos días francamente aliado al Liberalismo zelayista. No le aumentaba mucho los votos populares, pero le daba al Liberalismo una carátula de ingenua respetabilidad para cubrir la memoria del zelayismo. Granada había perdido su principal fuerza con la escisión de

Nandaime y su hijo predilecto, el General Luis Mena. Muchos de los amigos del doctor Cuadra Pasos y sus amigos del Gobierno de Díaz, se sentían defraudados y apartados por el régimen del General Chamorro. Este mismo con sus devaneos reeleccionistas que lo llevó a aparecer en público, en Managua, sentado al lado de don Agustín Chamorro, había hecho que gran parte del ya decisivo sector conservador de la Capital se organizara en el Partido Constitucionalista bajo la jefatura del prestigiado caudillo y mártir de la tiranía de Zelaya, el General don Fernando Solórzano. En Rivas y Managua, el General Tomás Masís, héroe compañero del General Chamorro en sus luchas armadas contra Zelaya, también creía que tenía derecho a la sucesión presidencial y había otros que también aspiraban a la Presidencia apoyándose en su influencia política derivada de sus servicios a los banqueros de Wall Street.

Contemplando esta triste situación, los "mengalos" de la Junta Directiva nos juntamos, nos contamos y vimos que teníamos la mayoría y, por consiguiente, podíamos decidir la solución, si encontrábamos al hombre apropiado. Y lo encontramos. Era don Diego Manuel Chamorro.

Perseguido, encarcelado, arruinado por el tirano Zelaya, don Diego no desmayó un instante en su lucha llena de incontables sacrificios personales. Hombre también de pensamiento, de gran cultura, sumaba a sus dotes de político las cualidades de un verdadero estadista. La política seguida por don Diego en el Gobierno de Díaz hizo posible que el General Chamorro por fin llegara a la Presidencia. Y por su visión de estadista es que hoy hay una generación de jóvenes conservadores que garantizan por su valor y por su cultura, pensamiento y acción, la supervivencia del Partido, vigoroso y lozano. Sondeamos a las facciones en que estaba dividido y hallamos, sin mucha sorpresa, que era el único que podía unir al Partido y que no necesitaba de muletas para su lucha, sino que por derecho propio, y por méritos personales y por sus extraordinarias capacidades, era el candidato lógico y necesario para el triunfo del Partido y para el bien de la conciliación nacional.

No fue, pues, como cree el General Chamorro que los que patrocinábamos la candidatura de don Diego, lo hacíamos por la gran popularidad de don Martín y por simple oposición a la candidatura del señor Benard, afable, culto y lleno de virtudes sociales y hogareñas, sino porque a nosotros nos pareció que la personalidad de don Diego estaba muchos codos por encima de la del señor Benard, y no porque el uno fuera pequeño, sino porque el otro era mucho más grande.

No fue, tampoco, un cablegrama de su familia, lo que decidió a don Diego, entonces en Washington. Lo que decidió a don Diego a aceptar su candidatura y venir a Nicaragua a plantar su tienda en León fue un cablegrama firmado por la mayoría de los miembros de la Junta Directiva del Partido, y firmado también por los Delegados de Chinandega, León, las Segovias, los tres Chontales y Carazo, en el que se le pedía su aquiescencia para lanzar su candidatura y en el que don Diego podía ver las firmas que le daban la mayoría sin necesidad del dedo del General Chamorro.

El grupo nuestro patrocinaba la Vice-Presidencia para el General Fernando Solórzano, Jefe del Conservatismo de Managua, pero éste nunca se resolvió a aceptarla y

acercándose la fecha de la nominación, nos decidimos por la de don Bartolomé Martínez, caudillo del Partido en Matagalpa y demás departamentos de las Segovias.

El Partido Conservador estaba acusado de no ampliar su base popular; de hacer a un lado a los jefes departamentales, quitándoles las nominaciones al Congreso y sustituyéndolas con nulidades afectas a la dirección granadina. Don Diego estuvo de acuerdo y se hicieron modificaciones al Reglamento, exigiendo por lo menos la residencia en el Departamento respectivo de sus representantes en la Directiva y en las Cámaras. Era, pues, aconsejable la postulación de don Bartolomé Martínez, por cuanto era vecino de Matagalpa, Jefe allí del Partido y con gran prestigio y afinidad con los indígenas. Don Bartolomé llevaba en sus espaldas las cicatrices de las apaleadas que sufriera de los esbirros zelayistas, había pasado por las aulas del Instituto de Granada, y había sido compañero de estudios del General Chamorro.

En la Administración de éste había desempeñado con gran acierto y ecuanimidad la Sub-Secretaría de Gobernación, captándose el aprecio de los Conservadores y de muchos Liberales. Pero el General Chamorro que ya se había dejado infectar por el deseo de seguir mandando y de asegurarse el apoyo oficial —que no necesitaba— tenía para el próximo período otras intenciones.

Cuando faltaban pocos días para la reunión de la Directiva, al entrar al salón de la Número Uno el General Chamorro me llamó, y con voz alterada, perdiendo su proverbial ecuanimidad, me dijo que ya le habíamos estropeado sus planes con la nominación de don Diego para Presidente; que él tenía compromiso con don Martín Benard y que estaba dispuesto a romper el Partido, si era necesario, para sacar adelante su candidatura a la Vice-Presidencia. Le pregunté que si tenía algún cargo contra la persona de don Bartolomé, como conservador y como su amigo de tantos años, y me contestó que no, que tenía aprecio y cariño para don Bartolomé, pero que la política le obligaba a sostener a don Martín. Le dije, entonces, que me parecía que su actitud era ofensiva para su viejo amigo y que deseaba y le pedía la consideración de manifestar eso mismo a mis amigos y la promesa o declaración de que si don Martín no aceptaba, él apoyaría a don Bartolomé, su viejo y buen amigo. No había en mi propuesta ninguna celada, sino el simple afán de que no quedaran resquemores entre amigos y la necesidad de mantener la unidad del Partido, que tanto se necesitaba. El General Chamorro accedió gustoso y yo llamé al doctor Venancio Montalván y a dos o tres amigos más para que convinieran en acceder a lo que el General Chamorro pedía.

Tres días después se reunió la Directiva en la Casa Presidencial y al abrirse la sesión, pedí la palabra y propuse que se eligiera, por aclamación a don Martín Benard, Candidato a la Vice-Presidencia. Y así se hizo. El General Chamorro fue varias veces al teléfono, cuya línea a Granada yo había ordenado reservar esa noche para el servicio de la Directiva. Ya el General Chamorro ha relatado en su Autobiografía sus idas y venidas, y por último, al comunicarnos que don Martín había aceptado definitivamente, propuso el nombramiento de una comisión que viajara a Granada al siguiente día para poner en sus manos el Acta de su nominación e indicó su deseo de que fuera yo presidiendo esa Comisión. Comprendí el

buen deseo del General de así borrar cualquier resentimiento que tuviera el señor Benard por mi actitud anterior, pero repliqué agradeciendo la Jefatura y manifesté que siendo yo el Benjamín de la Directiva, aceptaba gustoso formar en ella pero siempre que se me relevara de aquel honor.

La hora señalada por don Martín para recibir a la Comisión fue las cinco de la tarde del siguiente día y para Granada marchamos los Comisionados, contentos de haber solucionado las diferencias. Nos hicimos presentes a la hora fijada en casa de don Martín. La Comisión iba bajo la presidencia de don Salvador Chamorro, padre del Presidente Gral. Chamorro y conspicuo miembro de la Directiva del Partido. Nos sorprendió que nadie estaba a la puerta para recibirnos. Pocos minutos después entró al salón doña Cora y nos manifestó, en nombre de su marido, la pena por no haber cumplido con su deber de estar presente esperándonos, pero que dentro de unos diez minutos llegaría. Pasados los diez minutos, llegó el Sr. Manuel Lacayo con la misma disculpa y así pasaron otros diez minutos, mas en su conversación nos manifestó que él se oponía a que don Martín aceptara la nominación porque, a su juicio, su figuración en el Partido era merecedora de algo más alto que la Vicepresidencia. Enseguida llegó don Martín y presentó sus excusas por su tardanza. Don Salvador le dijo unas pocas palabras y puso en sus manos la nota de la Directiva con su nominación para la Vicepresidencia. Don Martín, visiblemente afectado, manifestó que tenía la pena de decirnos que había reconsiderado su aceptación, porque él no hacía nada sin la aprobación de su suegro, el señor Lacayo, allí presente, y de su esposa doña Cora, y que éstos se oponían rotundamente a que aceptara la candidatura. Replicó el Jefe de la Comisión, señor Chamorro, que nosotros no habíamos llegado a pedir su aceptación que ya había dado, sino a poner en sus manos la nominación, acordada por aclamación, de la Directiva. La discusión se estaba agriando y como don Martín manifestara que deseaba obsequiarnos una copa de champagne a las nueve de la noche y que había invitado a varios de sus amigos para este homenaje, yo propuse que todo lo hablado no se considerara como definitivo y que en la reunión de la misma noche nos diera su resolución final. No resultaba halagador la perspectiva de que si don Martín llegaba a la Presidencia sus decisiones estuvieran sujetas a la aprobación de su estimable señora y de su eminente suegro, y menos aún cuando se ponía en tan desairada situación a la Directiva y a sus pobres comisionados y representantes. Don Salvador Chamorro, herido en su amor propio, se mostraba indignado y telefoneó al General Chamorro lo sucedido.

Después de cenar en el Hotel, llegó a verme un joven conservador y me contó el fondo del asunto: El Departamento de Estado había enviado a Nicaragua, a solicitud de los liberales, a un pesquisador, el Mayor Miller. Este llegó a Granada y los amigos de don Martín le dieron un almuerzo, durante el cual se repitió la consabida muletilla de que la candidatura de don Diego repugnaba por aquello de un Chamorro tras otro Chamorro, etc. Como la misión del Mayor Miller era informar y darle "chicle" a los quejosos, parece que asintió con lo de la muletilla para darle gusto a los anfitriones. Después de dicho almuerzo, el grupito directivo de don Martín no se fue a dormir la siesta usual, sino que juntaron sus fa-

lentos para interpretar la sibilina charla con Miller. Resultado: "El Departamento de Estado vetará la candidatura de don Diego a la Presidencia. Toribio ya sabe ésto y de allí su interés en que Martín sea candidato a la Vicepresidencia, porque cuando Diego se vea obligado a renunciar su candidatura, el prepotente Toribio, de los chinandeganos, tendrá las manos libres para escoger al que deba sustituir a Diego, y como Martín ya ha aceptado la Vicepresidencia, no podrá pretender a más. Ergo: Martín no debe aceptar y debe esperar". Por supuesto que era una lógica sui géneris y sobre todo en personajes tan eminentes.

Pero yo tengo otra idea que el General Chamorro no comprendió. Don Martín, deliberadamente, se negó a aceptar en convertirse en un Presidente pelele, simple muñeco ventrílocuo de su "mejor amigo". Era hijo de don Emilio Benard, quien después de ser seis años Ministro de Hacienda ejemplar no pudo aceptar la candidatura que le ofrecieron sus admiradores porque no tenía los diez mil pesos que exigía la Constitución y no aceptó que sus amigos le obsequiaran esa suma por considerar que era sucio subterfugio para violar la Constitución. Su "mejor amigo" estaba completamente equivocado en su evaluación del afable caballero. Don Martín era más hombre de lo que aparentaba.

Para confirmar este criterio mío, baste una anécdota de su hermano don Adolfo. Nos encontramos en el Hotel Luponé cuando él andaba de candidato que perdería seguramente. Me dijo: —"Hombre, Toribio, recuerdo que cuando el General Chamorro nos presentó, me dijo que tú eras una columna del Partido y una esperanza, y por qué ahora no estás con nosotros?" A lo que yo le respondí: "Te voy a contestar con una pregunta: Si tu padre don Emilio, a quien el mío estimaba mucho, estuviera vivo, aceptaría ser Ministro del actual régimen de don Adolfo Díaz?" Sin vacilar un segundo, don Adolfo me replicó: "Jamás!" "Por eso mismo", le dije yo, "sigo con tu ilustre padre".

Y así quedó firme la candidatura de don Diego y la de don Bartolomé, y el Partido Conservador, unido y compacto, fue a la lucha electoral.

El nuevo régimen hubo de confrontar esta situación: a) La estrechez de medios económicos bajo el régimen del Plan Lansing, y b) La desocupación de Nicaragua por los Marineros Americanos, cuya presencia no podía prolongarse más sin la más pequeña excusa y cuya continuación estaba perjudicando a los Estados Unidos en su política exterior.

El primer problema era fácil de resolver con un poco de energía. El segundo problema era más difícil por cuanto habían factores externos a la política del Partido. La única solución era el sincero entendimiento entre los Partidos históricos para mandar juntos y mantener una paz que evitara las presentes y futuras intervenciones. El Partido Conservador ya estaba unido. Faltaba el entendimiento con el Partido Liberal para llegar a la meta patriótica. Y ya se habían dado pasos desde la reunión de delegados de ambos partidos que llegaron a sentar las bases de un arreglo que no se concluyó porque los de la Coalición las suspendieron por consejo del Ministro de los Estados Unidos. Divide et impera.

Soy de Usted, atento seguro servidor,

TORIBIO TIJERINO